

## MÁS ALLÁ DEL POSITIVISMO HISTORIOGRÁFICO Y DE LA INGENUA CONFIANZA EN EL PROGRESO

### Walter Benjamin y sus tesis sobre el concepto de historia

#### Eduardo Jozami

Autor de textos complejos, muchas veces fragmentarios, que van desde la crítica literaria a la mirada sobre la ciudad y de la reflexión sobre la violencia política al estudio de la lengua, la obra de Walter Benjamin ha resultado siempre difícil de clasificar. No sólo por la diversidad de intereses que guían sus trabajos sino también porque éstos muestran una orientación filosófica y política que aparece en principio como contradictoria. La influencia del romanticismo, con su culto de la tradición, se advierte en algunos de sus primeros trabajos pero no desaparece cuando Benjamin analiza a Baudelaire y al París del siglo XIX como expresión emblemática de la modernidad. Sus estudios sobre los grandes autores como Goethe, Proust o Kafka que lo convierten, como era su propósito, en el mejor crítico literario en la Alemania de su tiempo, (en el concepto jerarquizado de la crítica como obra de arte autónoma que había sostenido Federico Schlegel), no le impiden interesarse por los autores o las formas de expresión consideradas menores como el periodismo, la radio o la literatura de folletín.

El análisis benjaminiano de la incidencia de las nuevas tecnologías que permiten la reproducción técnica de la obra de arte parece, por momentos, encaminarse hacia una visión conservadora, un lamento por la desaparición de las formas clásicas de consumo artístico, como se advertirá, más tarde, en los escritos de otros integrantes de la escuela de Frankfurt. Benjamin, sin embargo, enfatiza las posibilidades revolucionarias de las nuevas tecnologías y destaca el rol fundamental que el cine puede librar en el combate contra el fascismo. Finalmente, para no extendernos más en esta enumeración de las tensiones que recorren su obra, señalemos que la influencia de la teología judía que se manifiesta desde su juventud en la relación con Gershom Scholem aparece de algún modo cuestionada, en los sucesivos acercamientos al marxismo que protagoniza Benjamín desde mediados de los años '20. Sin embargo, en su último texto, las *Notas sobre el concepto de historia*<sup>1</sup>, que muestran a un Benjamin radicalizado en su pensamiento de izquierda, se advierte hasta que punto la idea mesiánica del judaísmo sigue siendo un componente importante de su visión del mundo y de la historia.

El texto póstumo de Benjamin debía concitar un fuerte interés por muchas razones. La muerte del autor transformó el texto en el testamento de una víctima del nazismo y, además, su tono desgarrado y angustioso, le daba un valor testimonial muy relevante. Constituyen un documento sobre la más dramática coyuntura que haya soportado Europa en muchos siglos. Entre la reciente ocupación alemana de París y la firma del pacto germano-

---

<sup>1</sup> Publicadas también con el título de Tesis sobre Filosofía de la Historia. Existen numerosas ediciones.

soviético<sup>2</sup>, no cabía la posibilidad de la esperanza. Conciente de su ingreso en el infierno, Benjamin sostenía, sin embargo, que la esperanza nace precisamente de ese estado de desesperación y por eso el texto tiene esa ambivalencia: testimonio concluyente de la derrota, por momentos asume la dimensión épica de un himno de combate.<sup>3</sup>

Las *Notas...* fueron dadas a conocer por Theodor Adorno y Max Horkheimer, en los Estados Unidos, un par de años después de la muerte de Benjamin. Publicado sin introducción ni estudio crítico alguno, -sus amigos habrán preferido omitir, en una edición de homenaje, las severas críticas que habían hecho a lo que consideraban una desaprensiva utilización de las categorías marxistas- resultaba difícil que el complejo texto benjaminiano alcanzara gran repercusión. Por otra parte, la coyuntura política internacional había cambiado con la declaración de guerra al Reich alemán por Estados Unidos y la Unión Soviética. El pesimismo angustioso de las *Notas sobre el concepto de historia* correspondía a un momento de confusión en el que resultaba impensable la derrota del nazismo. Como ocurrió con tantas otras advertencias sobre las falencias de la socialdemocracia y la degeneración estalinista, el creciente optimismo que se manifiesta en la nueva situación impidió considerar cuanto había de anticipatorio en la reflexión de Benjamin sobre los horrores que aún mostraría el nazismo y sobre el mundo de posguerra.

Publicadas más tarde en *Les Temps Modernes*, las *Notas...* no tuvieron tampoco mayor repercusión. Esto es quizás más difícil de explicar porque en 1947 –fecha de la publicación- la revista dirigida por Jean Paul Sartre era el espacio más adecuado para imponer un texto o suscitar polémicas. Si ello no ocurrió, cabe atribuirlo, en buena medida, a la creciente influencia del Partido Comunista y de la visión dogmática del marxismo que expresaba, pero quienes pensaban entonces con independencia del PC, como el mismo Sartre<sup>4</sup>, o incluso los pensadores más críticos de la Unión Soviética como Lefort o Castoriadis, no se sintieron atraídos por un pensamiento con una impronta teológica tan fuerte como el de Benjamin.

Tampoco la edición que hace Adorno en 1950 genera mayores respuestas y habrá que esperar la publicación por el mismo a mediados de los años 60 para que se inicie un proceso de revalorización del texto benjaminiano que aún continúa<sup>5</sup>. El movimiento estudiantil del '68 trajo un mayor interés sobre Benjamin, al tiempo que generó el cuestionamiento a los editores frankfurtianos de su obra por haber ocultado la importancia que Brecht y el marxismo habrían tenido en su pensamiento tardío. Las diferencias de Horkheimer y Adorno con Benjamin fueron importantes en la última época, aunque a veces

---

<sup>2</sup> Aunque no faltan testimonios que hablan de sus inquietudes por la situación soviética, en particular, respecto de los Procesos de Moscú, Benjamín seguía creyendo que era necesario apoyarse en la Unión Soviética como única posibilidad de victoria contra el nazismo. No es difícil imaginar, en consecuencia, el efecto desconsolador del pacto Molotov-Ribbentrop que permitió la ocupación conjunta de Polonia y el tono de las *Notas...* seguramente tiene mucho que ver con eso.

<sup>3</sup> Esto llevó quizás a Rolf Tiedeman, el compilador de las Obras de Benjamin, a calificar a las *Notas* como un manual de guerrilla urbana. Afirmación que por cierto no puede sostenerse.

<sup>4</sup> “El existencialismo de Sartre está a mil leguas del mesianismo judío de Benjamin”, escribe Michael Löwy, luego de señalar que ambos sostienen una concepción de la “historia abierta”. Ver, Michael Löwy, Walter Benjamin, *Aviso de Incendio*, Buenos Aires 2002, pág. 174.

<sup>5</sup> Reyes Mate, *Medianoche en la historia*, Madrid, Trotta 2009, pág. 18.

permanecieron veladas por las reticencias de Benjamin a desplegar todo su pensamiento ante aquellos de quienes dependía su sustento económico y la posibilidad de abandonar Europa. La medida de estas diferencias se advierte si recordamos –como lo hace Andreas Huyssen- que el tan citado capítulo sobre la industria cultural de la *Dialéctica de la Ilustración* fue concebido, por sus autores, como una respuesta al ensayo de Benjamín sobre *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica*, de 1936.<sup>6</sup>

El muy relativo interés por el pensamiento benjaminiano en el debate de la izquierda europea de los años '70 se advierte en un texto de Perry Anderson que daba cuenta de la pluralidad de tendencias que se expresaba entonces en el marxismo europeo. Anderson, autor fuertemente inspirado en la obra de Marx y Lenin pero muy abierto a todas las novedades teóricas en el campo de la historia y la cultura, cita a Benjamin en varias oportunidades y señala que la expresión de su pensamiento utiliza tonos e imágenes absolutamente originales respecto a la tradición del materialismo histórico, pero no considera necesario un estudio más profundo de su obra.

Habrá que esperar un reconocimiento mayor del fracaso del modelo de los socialismos reales para que la obra benjaminiana –ya reconocida en el ámbito de los estudios culturales- tenga una mayor receptividad en el campo del pensamiento de izquierda y la filosofía política. El aporte de Benjamin será valorado en esa hora de derrota: “Si hay un marxismo posible hoy, tiene que ser utópico y melancólico”, dirá Enzo Traverso<sup>7</sup>, un autor cuya obra está fuertemente cruzada por el pensamiento de Walter Benjamin. Esa heterodoxia que antes resultaba inaceptable será ahora el gran activo de Benjamin. La invocación mesiánica o la categoría de *redención* tan ajenas a la tradición marxista, quizás por eso mismo, permiten hoy cierta recuperación de la idea revolucionaria, estimulan la reflexión de quienes no quieran enterrar con el marxismo en crisis todo pensamiento de la transformación.

En los últimos años, el importante desarrollo de los estudios sobre memoria y, en general, la profusión de monumentos, memoriales e iniciativas que se expande por todo el mundo, también ha generado una mayor frecuentación de la obra de Benjamin. Este interés no se ha trasladado al campo de la historia académica, donde, generalmente, sólo se hace referencia a la memoria con el propósito de señalar que la historia poco tiene que ver con ella. La publicación de *Lugares de Memoria*, la compilación dirigida por Pierre Nora -una historia de Francia que no deja nada fuera de su estudio de los locus de memoria, desde los grandes personajes hasta las festividades, los símbolos o las ideas como República, Pueblo y Nación- tendrá una notable repercusión y, desde entonces quedará sancionado lo que Nora ha llamado el fin de la “historia-memoria”.

Inscribiéndose en camino que iniciara Claude Lévi-Strauss con su crítica a Jean Paul Sartre, en el capítulo final de *El Pensamiento Salvaje*, y en los trabajos de François Furet que impulsaron la revisión del pensamiento dominante en la historiografía gala sobre la Gran Revolución, Nora, para aclarar sus afirmaciones sobre el agotamiento de la memoria,

---

<sup>6</sup> Andreas Huyssen, *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo 2006, pág. 265.

<sup>7</sup> Entrevista, en *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, CEDINCI, Verano 2006/2007, pág. 97.

invoca también una nueva relación con aquel acontecimiento fundador: “Hacer la historiografía de la Revolución Francesa, reconstituir sus mitos y sus interpretaciones, significa que ya no nos identificamos completamente con su herencia”. El texto de Nora define una idea de la historia que ha hecho carrera en el medio académico y que se parece demasiado a la concepción de ese historicismo positivista que denostara Benjamin. Un acontecimiento pasado se convierte en tema de la historia cuando ya ha perdido significación para nosotros, cuando se constituye –son palabras de Nora. “como un pasado definitivamente muerto.” Ya no vivimos ese pasado como memoria, eso explicaría según Nora la proliferación de lugares e iniciativas de memoria. El historiador francés puede sostener: “se habla tanto de memoria porque ya no existe más.”

Las explicaciones de Nora sobre las razones que permiten hablar del agotamiento de la memoria espontánea, aquella que se transmitía de generación en generación en las sociedades de predominancia campesina, tienen puntos de contacto con algunos planteos de Benjamin. Para el autor de *Lugares de Memoria*, la aceleración de la historia, los procesos de globalización, masificación, democratización y mediatización, son algunos de los datos que explican el fin de las sociedades memoria que aseguraban la conservación y transmisión de valores. Benjamin, también enfatizó el empobrecimiento de la experiencia en las sociedades que habían sufrido las grandes transformaciones, proceso que se habría acentuado con la Primera Guerra Mundial: los soldados que volvían de las trincheras, testigos mudos de la gran catástrofe, habían perdido su capacidad de transmitir las experiencias que habían vivido.

Pero si el razonamiento de Nora tiene afinidades con el de Benjamin, sus conclusiones no pueden ser más diferentes. El autor de *Notas sobre el concepto de historia*, lejos de creer que pueda hablarse de un pasado definitivamente muerto, hace centro de sus reflexiones en el modo como ese pasado es recuperado, como entra en constelación con el presente, y, en definitiva, tanto piensa que ese pasado no está cerrado que nos recuerda que aún espera redención. Toda la obra de Benjamin –no sólo las Notas- constituye una reflexión sobre la memoria, desde su estudio sobre el despertar y la memoria involuntaria en Proust, hasta el análisis de la fantasmagoría de los objetos que nos permiten –como en la obra de los Pasajes- conocer la cultura, las ilusiones y los sueños de una época. Pese a ello, sería equivocado sostener que Benjamin no hace historia sino memoria como han afirmado algunos para compatibilizar el interés creciente por su obra con la hegemonía de un pensamiento sobre la historia que deslinda absolutamente a ésta de la memoria.

Benjamin se refiere a sí mismo como un historiador formado en el materialismo histórico, polemiza en las *Notas...* con el historicismo y con algunos de los fundadores de la historiografía positivista, por todo ello sería difícil ignorar que sus reflexiones son también las de un historiador, sobre todo teniendo en cuenta el trabajo de búsqueda de materiales de archivo que realizó durante trece años para el Libro de los Pasajes. La historia escribía Lucien Febvre se hace con documentos, pero no sólo con ellos, “Con palabras, con signos, con paisajes y con tejas. Con formas de campo y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabestros”. Esa concepción integral del material de la historia, ese “constante esfuerzo por hacer hablar a las cosas mudas”<sup>8</sup> eran también los de Benjamin, denodado

---

<sup>8</sup> Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Buenos Aires, Planeta Agostini 1993, pág. 232.

buscador de textos, pero también coleccionista de objetos, observador atento a las transformaciones de la construcción urbana, rastreador de sueños. Por esto, aunque el autor de las *Notas* no parecía excesivamente interesado en delimitar las múltiples facetas disciplinarias de sus intervenciones culturales, -la frustración de su intento de carrera universitaria revela una incompatibilidad notoria con el mundo de la Academia- lo que sí resulta seguro es que no hubiera aceptado que se lo excluyera del campo de la historia. Además del modo como concebía su tarea resulta evidente que no cabía para él una distinción tajante entre la historia y la memoria. La distinción principal en el esquema benjaminiano, que de algún modo se superpone con la anterior, se plantea entre el historiador historicista que meramente recopila datos y el materialista que atiende a lo que no llegó a ser, analiza también lo que pudo haber sido, hace en consecuencia un trabajo de memoria.

La obra benjaminiana es un ejemplo de rigor intelectual y de obsesión por el cuidado de los menores detalles. Hay en Benjamin una ética de la investigación que rechaza las respuestas fáciles y lo lleva a replantear una y otra vez sus interrogantes. Pese a ello, o mejor, por eso mismo, cuestionó severamente la propedéutica que ofrecía la historiografía positivista con Niebuhr, Ranke o Fustel de Coulanges, quienes creían posible analizar el hecho histórico con la precisión de las ciencias naturales. Como lo hicieran los fundadores de la escuela de los *Annales*, Benjamin también consideraría risible la actitud de los historiadores que rinden culto a los hechos sin ver en que medida son ellos mismos quienes los construyen.<sup>9</sup> Pero como señala Reyes Mate, no es una mera cuestión metodológica la que se separa a Benjamin de la historia positivista, en las *Notas* está el bosquejo de otra teoría del conocimiento que no cree necesario atenerse a los hechos ni adoptar el modelo de la ciencia, ni le hace asco a cuestiones metafísicas.<sup>10</sup>

Por otra parte, la pretensión positivista de reconstruir la historia como realmente ha sido, según la clásica definición de Leopold von Ranke, recogida por Benjamin en las *Notas*, velaba, de hecho, el sentido político de la labor historiográfica. Si la historia, en el sentido moderno de la disciplina, puede considerarse constituída a comienzos del siglo XIX, es interesante analizar cuales son los temas de los grandes historiadores de ese siglo. Augustin Thierry y Jules Michelet, en Francia, Niebuhr o Ranke en Alemania coincidirían en señalar que su obra tiende meramente a la reconstrucción del pasado, pero la necesidad de explicar la Gran Revolución y el debate sobre las formas que adoptará la unidad alemana, pesan tanto en sus trabajos respectivos que no se ocultarán ni al más desprevenido de los lectores. Si toda la obra de Michelet es -como sostiene François Châtelet- la historia de la constitución del pueblo francés, es obvio que ese texto -más allá del inmenso valor historiográfico que hoy sigue teniendo y que a veces parece velado por la retórica romántica del autor- es un texto político y lo mismo puede decirse de aquellos maestros alemanes tras cuyas minuciosas investigaciones no se oculta demasiado la política de Bismarck.<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> Febvre, *op. cit.* pág. 236.

<sup>10</sup> Reyes Mate, *op. cit.* pág. 21

<sup>11</sup> François Châtelet, "L'Histoire", en François Châtelet, (dir), *Histoire de la Philosophie*, Tomo VII, Paris, Hachette 1973, pág. 215 y sigs.

Esa historia es siempre política. Resulta fácil advertirlo en el caso de Michelet, henchido de entusiasmo por la Revolución, quizás resulte menos evidente en quienes como Fustel de Coulanges –también citado por Benjamin- creen en la posibilidad de abordar el objeto histórico, ignorando todo lo que ha ocurrido desde entonces. Estos últimos son, sin embargo, aquellos que más claramente renuncian a adueñarse de la auténtica imagen de la historia, “que relampaguea un instante”, los que renuncian a comprender la relación del pasado y el presente. Quienes creen, al modo como –quizás con otros instrumentos de historiador, pero con perspectiva similar- lo hace hoy el citado Pierre Nora, que ese pasado está definitivamente muerto.

El cuestionamiento a la historia historicista tiene también para Benjamin un sentido político más profundo. Susan Buck-Morss, señaló que con su *revolución copernicana*, Benjamin había despojado a la historia de su función legitimadora. Porque el cuestionamiento al historicismo permite a Benjamin señalar que los historiadores que se atienen a los hechos, que consideran el pasado como definitivamente dado y se niegan a “cepillar la historia a contrapelo”, tienen empatía con los vencedores y que de este modo se consolida la legitimación retrospectiva de una historia que es la de aquellos que siempre han vencido.<sup>12</sup>

La idea benjaminiana de la historia se sustenta en un paralelo entre la tarea del investigador y la lucha de la clase oprimida, considerada como el verdadero sujeto del conocimiento histórico. No siempre es fácil distinguir a cuál de estos dos aspectos se refiere, porque, en lo que le interesa señalar en las *Notas*, entre ambas instancias existe un acuerdo esencial. “El materialista histórico –leemos en la Nota 17- afronta un objeto histórico única y solamente cuando éste se le presenta como mónada”. Allí en esa constelación de pasado y presente que cristaliza con la detención del tiempo, Benjamin ve una instancia mesiánica, una chance revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido. A continuación, sin embargo, señala que esa chance revolucionaria permitirá hacer saltar una determinada época del curso de la historia, una vida de una época o recuperar una obra dentro de una vida. El texto parece aludir tanto a una acción política de los oprimidos que trae al presente una época pasada como al trabajo del estudioso que recupera una obra o una vida.

En algunos textos anteriores a las *Notas*, como *El autor como productor*, de 1934, y *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, de 1936, se advierte una fuerte influencia de la experiencia soviética y también -se ha señalado- una actitud menos prevenida frente al estalinismo. En estos trabajos, Benjamin aparece muy preocupado por suturar la distancia entre los productores y consumidores del arte y los productos culturales y destaca algunas experiencias, como la de las cartas enviadas por los obreros soviéticos a los periódicos, que ve como el intento de terminar con el confinamiento de la escritura como práctica de una minoría. Este espíritu es el que guía también las *Notas*, con esta

---

<sup>12</sup> Es conveniente aclarar que Benjamin se refiere al historicismo con un sentido amplio que incluye a todos los historiadores que creen posible la reconstrucción de lo realmente ocurrido y que actúan con esa empatía con los vencedores denunciada por las *Notas*. Como resulta evidente, esta idea benjaminiana abarca mucho más allá de la llamada escuela histórica alemana, que surge a fines del siglo XVIII y principios del XIX, como reacción contra la Ilustración.

indiferenciación relativa entre la práctica del intelectual y la lucha de los oprimidos. Es obvio, sin embargo, que Benjamin, que siempre defendió su autonomía como escritor y su trabajo en solitario, mal podía ignorar el distinto estatuto de ambas actividades, aunque reivindicase el elemento político que les era común.

La referencia a la clase oprimida que combate sugiere claramente una notoria diferenciación con la concepción leninista de la ideología revolucionaria. Por una parte, clase oprimida no es sinónimo de clase obrera. Aunque el sentido de la expresión no es claro, parece referirse a un sujeto más amplio que incluye no sólo a los obreros sino al conjunto de los empobrecidos y humillados. Por otra parte, Benjamin atribuye la condición de sujeto del conocimiento a quienes luchan, y, entonces, el elemento subjetivo adquiere toda su importancia. Es la práctica de los oprimidos lo que los ubica en ese mirador privilegiado y no, simplemente, el lugar que ocupan en el proceso productivo. Esta valoración de la práctica de lucha de los oprimidos se ve reforzada por la mención que hacen las *Notas* de Louis Auguste Blanqui y el grupo Espartaco de Rosa Luxemburg. Seguramente el autor de las *Notas* no pensaba específicamente en las estrategias de lucha de uno y otro sino en lo que ambos simbolizaban. Blanqui, llamado “el encerrado” –pasó en prisión la mayor parte de su vida– era cuestionado por los marxistas que rechazaban su política insurreccional que consideraban meramente putschista pero no podía olvidarse que había sido el gran protagonista de las tres revoluciones populares francesas del siglo XIX. Por su parte, Rosa Luxemburg, impulsora de la estrategia de la huelga general, concedía a la lucha de masas una jerarquía que resultaba menos evidente en la tesis leninista del *Qué hacer*, con su énfasis en la ideología de los intelectuales y la construcción del partido.

La invocación de Rosa Luxemburg obliga a pensar en otra afinidad, la que podría existir entre el pensamiento de Benjamin del progreso como marcha hacia la catástrofe y las previsiones de Rosa sobre el necesario derrumbe del capitalismo. A partir de las tesis de la autora de *La acumulación del capital* y de otros trabajos, el marxismo, sobretodo en las dos primeras décadas del siglo XX, debatió arduamente para establecer si Marx había formulado una teoría del necesario derrumbe del capitalismo. La discusión atravesaba todo el campo del pensamiento marxista sin que resultara fácil ubicar a los contendientes: tanto Eduard Bernstein como Rosa Luxemburgo, representantes de las alas extremas, derecha e izquierda, de la socialdemocracia alemana, creían en la teoría del derrumbe, mientras Lenin refutaba esa idea y sostenía que sólo serviría para mantener en el quietismo al movimiento obrero. Este último cargo parecía adecuarse mejor a la postura de Bernstein que al activismo de Rosa, asesinada en 1919 cuando preparaba la insurrección.

El debate era complejo porque Marx había afirmado la ley de la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, pero se había preocupado por señalar contratendencias que podían compensar su efecto. Rosa Luxemburg sostenía que el capitalismo requería para evitar la crisis de la existencia de mercados no capitalistas, por lo que -a su juicio- la extensión mundial del sistema debía llevar necesariamente a la crisis final. Aunque la idea del derrumbe siguió subyaciendo en muchos discursos, la consolidación del poder en la Unión

Soviética trasladó a un plano más político la discusión sobre el posible final del capitalismo.<sup>13</sup>

Benjamin sentía la inminencia de la catástrofe, pero sus planteos se diferencian de los argumentos sobre el derrumbe, centrados en el análisis del funcionamiento de la economía capitalista. El autor de las *Notas* no pensaba sólo en el fin de un modo de producción y la sustitución por otro, el desastre que avizoraba tenía que ver con una crisis civilizatoria más amplia, como se advierte en la alarma que expresa por el modo en que se ha ejercido la dominación de la naturaleza y el rescate que hace de los planteos utópicos de Fourier. Además, los pensadores marxistas que sostenían la inevitabilidad del derrumbe, creían naturalmente que el fin del capitalismo sería seguido por la instauración del socialismo. El pensamiento de Benjamin parece más complejo. No tenía dudas de que la burguesía habría de perecer a consecuencia de sus contradicciones pero se preguntaba si moriría por sí misma o en manos del proletariado. De esto dependería la pervivencia de un patrimonio cultural de más de tres mil años. ¿Podría el proletariado cumplir con esa tarea? Si así no fuera, “todo estará perdido”. “Es preciso –concluye Benjamin- cortar la mecha encendida antes de que la chispa llegue a la dinamita”<sup>14</sup>. Si el estallido ocurría, no sólo el capitalismo podía desaparecer.

Ya sabemos que las *Notas* fueron escritas en la coyuntura dramática de la victoria nazi y la desertión soviética, en los inicios de los años 40, pero el texto que venimos de citar fue publicado más de diez años antes. Eso muestra no sólo que esa visión desesperanzada dominó buena parte del período de entreguerras sino, también, que los temores de Benjamin sobre el futuro de la humanidad tenían raíces profundas y no estaban sólo inspirados por la amenazante expansión del nazismo. Otro escrito de fines de los años 20, clave para apreciar el interés de Benjamín por las vanguardias literarias y artísticas, muestra una mirada igualmente sombría. No son tiempos para el optimismo fácil de los socialdemócratas, la respuesta comunista debe ser “la organización del pesimismo”. Sin embargo, es posible seguir pensando en la revolución, y en ese rumbo deberá encauzarse la ebriedad del surrealismo.<sup>15</sup>

La crítica benjaminiana de la idea del Progreso –quizás su mayor originalidad respecto de la tradición marxista- tiene también que ver con los tremendos costos humanos y sociales de ese proceso. La filosofía hegeliana de la historia explicaba esos daños –las florecillas aplastadas por la marcha de toda gran figura- como necesarios. Dentro de un desarrollo de la historia guiado por la razón que hace que los intereses particulares aporten a la realización de un fin superior, nada de lo sucedido podía considerarse gratuito o innecesario. Pero Benjamin se preocupa menos por las grandes figuras que por las gentes comunes y –a diferencia de Hegel- tampoco cree necesario distinguir entre los pequeños acontecimientos y los grandes, puesto que una humanidad redimida considerará que nada de lo ocurrido en el pasado puede considerarse irrelevante ni está definitivamente perdido.

---

<sup>13</sup> Sobre la controversia del *derrumbe*, ver Lucio Colletti, *El marxismo y el “derrumbe” del capitalismo*, México, Siglo XXI 1983.

<sup>14</sup> Walter Benjamin, *Calle de mano única*, Madrid, Editora Nacional 2002, pág. 52.

<sup>15</sup> Walter Benjamin, “El surrealismo. La última instantánea de la inteligencia europea”, en *Ensayos*, Tomo VII, Madrid, Editora Nacional 2002.



Los costos exorbitantes del progreso, tan claramente planteados en el poema de Bertold Brecht, “Preguntas de un obrero que lee”, que recuerda los miles de víctimas que produjo la realización de lo que hoy consideramos grandes monumentos civilizatorios, revelan para Benjamin la imposibilidad de escindir en la historia los hechos y documentos de cultura y de barbarie. El autor de las Notas no está dispuesto a creer que esos hitos de barbarie deban aceptarse como parte de una finalidad superior: porque duda profundamente del sentido de esa marcha del progreso y porque ha elegido mirar la historia de otro lado que el de los vencedores.

Marx describió en toda su gravedad los crímenes que jalaron el proceso de acumulación primitiva que permitió el nacimiento del capitalismo y la política despiadada que los colonizadores aplicaron en los países ocupados. Sin embargo, no pudo librarse de una teleología del progreso, el fardo más pesado de la herencia hegeliana, que lo llevaba a entender estos dolores como pasos hacia la plena constitución del mercado mundial capitalista, presupuesto necesario para la victoria posterior del proletariado. La socialdemocracia alemana fue expurgando esa visión de los matices que abundaban en el autor de *El Capital*, haciendo de la idea de progreso la clave de ese evolucionismo economicista denunciado por Benjamin.

De esa distinta actitud hacia el progreso, deriva también otra manera de entender la revolución. Para la socialdemocracia alemana, confortablemente ubicada en el camino de la historia, la idea misma de revolución resultaba tan innecesaria como peligrosa. Los comunistas, no pueden merecer ese reproche. La concepción de la insurrección, aplicada en Octubre por Lenin y Trotsky, nada tiene que ver con la actitud paciente y confiada de quienes esperan que por el mero transcurso del tiempo habrán de llegar al paraíso. La insurrección es un acto formidable de voluntad política, una ruptura en el continuo de la historia, pero el rumbo que habrán de seguir los bolcheviques, el énfasis principal en el desarrollo de las fuerzas productivas, también tiene que ver con la idea de un camino irreversible hacia la nueva sociedad, en la medida que se avance en la construcción de las bases económicas. Aunque su actitud no era pasiva como la espera socialdemócrata, los comunistas no creían menos que ellos estar caminando en el sentido de la historia.

Repensar a Benjamin a 70 años de su desaparición, frente a una realidad mundial tan diferente –pero que nada autoriza a mirar con benevolencia- permite apreciar la actualidad de su obra. Benjamin ofrece una concepción alternativa a quienes hoy promueven los trabajos de memoria como mera compensación ante el cierre de un pasado que hoy ya no tendría nada para decirnos. La denuncia del rol de la historia como legitimación de los vencedores, el rechazo del tiempo histórico como un continuo que no concibe suspensiones ni rupturas, el señalamiento de la íntima relación entre cultura y barbarie, la idea de que el pasado nos sigue convocando a la redención, marcan orientaciones fecundas. No sólo para abordar una historiografía que se haga carga del reclamo de Nietzsche en la segunda de las intempestivas –“necesitamos la historia para la vida y para la acción- sino para retomar un legado que en todos los órdenes del pensamiento muestra cada vez una mayor vitalidad.